



De gadgets y otras cosas entretenidas.

Alexander Cruz Aponasenko

Recibido: Diciembre 2012 – Aceptado: Abril 2013

Miembro del equipo de Investigaciones en Psicoanálisis del C.S.M. No. 1 "Dr. Hugo Rosarios".

✉: alikcruz@gmail.com

De Joyce dijo Lacan que era un desabonado del Inconsciente. Ubicando en este caso como sustantivo aquello que tanto se esforzó en señalar como adjetivo. ¿Qué implica desabonarse del inconsciente? Es más, ¿Qué es incluso desabonarse de algo? ¿Es lo mismo que desligarse? ¿Es lo mismo que desentenderse? Lacan señaló esa idea mientras leía a Joyce como caso en su vigésimo tercer seminario. ¿Es acaso no dar cuenta del Inconsciente?, si es esto último tendríamos que afirmar que la mayoría de las personas en la época son desabonados. Es la época del des-abono. Aparte de los psicoanalistas, ¿a quién le importa el Inconsciente de todas formas?

El Inconsciente se instaura no sin la aparición del objeto. Se puede seguir a Freud y Lacan por este camino y arribar a la idea de que para que haya un inconsciente es necesaria la función del objeto. Extraído o no, sin ubicar el estatuto del objeto, en falta, causa, del deseo, perdido, etc., es imposible pensar el estar o no abonado a algo. Pues en general aquello a lo que uno se abona está en relación directa con el objeto. Si al final uno se abona a una suerte de aparato psíquico, este aparato psíquico en donde se alberga la fantasía solo llega a constituirse a partir de ciertas operaciones fundantes, mencionemos la castración, que son sobre todo operaciones sobre el objeto. Un objeto que para lograr su calidad debe ser siempre reencontrado, o sea, previamente perdido y que se alojará en el lugar de una supuesta pérdida originaria, el lugar que alguna vez ocupase *das Ding*.

Si pensáramos que los términos que tanto Freud como Lacan usan tienen alguna razón de ser, o sea, no son ingenuos, podríamos preguntarnos si existe alguna relación entre des-abonarse y el objeto. En una lectura un poco mas detenida del par abonarse/desabonarse encontramos que los dos términos vienen del latín bonus, bueno. Y su definición en el diccionario de la RAE lo presentan como: "acreditar", "calificar de bueno", "dar por cierto y seguro algo", "inscribir a alguien para que disfrute de algo". Esta última acepción resulta particularmente interesante. Pues es lo que creemos que sucede castración mediante. Que el punto en el que del goce perdido se hace una marca, allí el sujeto puede ir a recuperarlo por otros medios, aparato psíquico mediante. O sea, uno se abona a cierta manera de gozar. En todo caso ese efecto de agujero, llamémosle, brecha, es lógicamente necesaria para albergar al objeto.

Uno podría culpar a Descartes de haber abierto el campo a la tecno-ciencia a partir de su *cogito*. De haber propuesto la separación radical del ser y el soma que llevó en la actualidad a configurar el pensamiento científico tal como lo conocemos. Un objeto puede ser visto, estudiado completamente desde afuera, objetivamente. Descartes sin embargo, ubicaba un punto esquivo del cogito, el lugar reservado para dios en su reflexión. Sin embargo, no satisfechos con Descartes, la tecno-ciencia ha hecho otro uso del cogito cartesiano. Despojando de su valor el punto incognoscible cartesiano ha logrado ubicar allí un “*plus-de-gozar de imitación*” que da empuje a la atronadora fuerza del mercado. En varios contextos se lo llama *gadget*.

Estos grandes inventos de la modernidad van al lugar vacío que serviría justamente como punto de lazo con el otro haciendo necesario un pasaje por el Otro, taponando el circuito del lazo. Cuestión que ha sido denunciada antes por varios autores de una esfera no del todo ajena al psicoanálisis, en particular por un tal Phillip K. Dick. En su libro “*Do androids dream of electric sheep?*” (1967), llevada al cine por Ridley Scott bajo el título “*Blade Runner*”; Dick presenta un *gadget* muy interesante llamado: “*Órgano del ánimo Penfield*”. Es un aparato que cada persona lleva atado a la cintura, tiene una perilla para ser programado y funciona como un administrador de emociones; se puede graduar el nivel de intensidad que se quiere en momentos particulares. Por ejemplo: el día de hoy quiero sentirme alegre todo el día, así que se programa el *Penfield*, o quiero que a las 4 de la tarde me asalte un recuerdo nostálgico pero no quiero llegar al punto de las lágrimas, entonces un par de giros más al *Penfield*. Este aparato empezó a ser necesario a partir de, como casi siempre en la literatura de ciencia ficción, una gran guerra que aniquiló a un importante número de la población mundial, lo cual generó, y esto es algo que nos parece fascinante en la visión de Dick: soledad.

Hoy sabemos que no es necesaria una aniquilación masiva de cuerpos humanos para que se produzca soledad. Eso es más bien el efecto de la manera en la que los sujetos que conforman las sociedades se vinculan entre si y sobre todo de la manera en que se vinculan al objeto.

La verdad es que la razón por la que el *Penfield* empieza a usarse está descrita en una parte del libro de manera sumamente poética como efecto de aquellos enormes edificios, innumerables y ahora vacíos, donde nunca se escucha absolutamente nada, ni siquiera los ruidos del mundo, ya que los animales también desaparecieron casi por completo; la soledad aparece como una fuerza, como una materia agresiva y hostigante, insoportable. A ese lugar va a insertarse el *Penfield*. El *gadget* es “compañía”. Dick lo nombra “*órgano del ánimo*” haciendo que el sujeto se desvanezca por completo en las señales que el aparato le envía eléctricamente a un cuerpo cuyo poseedor ha sido casi cercenado en su lazo con el otro. Si bien esa obra de Dick propone un argumento que evoluciona por otra línea, este punto particular es el que nos interesa.

La humanidad descrita por Dick ha llegado casi a un estado de fusión con este *gadget*, al punto de desentenderse de sus propias emociones dejándoselas al *Penfield*, ese curioso órgano. ¿No es acaso esto un des-abonarse? Si el padecer está programado, ¿Qué lugar queda para la responsabilidad? ¿Qué lugar para el síntoma?

Al síntoma se lo puede entender de varias formas, como signo-mensaje; como algo que no necesita de nadie y goza solo; como satisfacción sexual sustitutiva; como aquello que sorprende; como máxima singularidad, incurable, e incluso como algo a ser acallado, una molestia vana.

Quizás no esté de más decir que hace tiempo el psicoanálisis se ha separado de la concepción médica del síntoma, digamos la concepción más tradicional del síntoma, seguro que la medicina moderna de *House* se lo toma un poco más en serio. El síntoma como mensaje habrá sido la primera hipótesis sobre la que trabajó Freud en los inicios del psicoanálisis. Sin embargo desde muy temprano ya podía leerse, en esas fulminantes intuiciones de Freud, la presencia de algo más allá del signo. O que en todo caso solo se sirve del signo. La definición de "satisfacción sexual sustitutiva" es quizá la que nos resulta más fecunda en el momento. Pues es así que un ser enfermo de sexualidad encuentra una manera "sustituta" de satisfacer... ¿qué? Allí necesariamente tendrá que ponerse la pulsión.

Freud fue muy claro al señalarlo y Lacan por supuesto nunca contradujo a Freud en este aspecto: la pulsión siempre se satisface, ante cualquier obstáculo un rodeo es siempre posible y la pulsión es aquello que precisamente disfruta de los rodeos. Lacan lo dijo de manera más críptica pero igualmente tajante: "eso goza" y en otro lugar "el síntoma se basta a sí mismo".

Así, hay un autismo, no precisamente el de *Temple Grandin*, pero sí un autismo propio de la satisfacción pulsional. Es aquello que no puede dejar de hacerse. Como bien respondía Borges en alguna ocasión cuando le fue preguntado: ¿Por qué escribe? A lo cual respondió: "porque no puedo no escribir". La satisfacción pulsional es no poder no.

Y en ese no poder no, el Otro sobra. Pero sí hace falta el objeto. El Otro es un asunto del deseo, el Otro funciona cuando una causa está en operación, si no, no es más que un perseguidor. El objeto sin embargo es contingente. Lacan lo propone como Real en un momento de su obra, no puede ser de otra manera. Luego semblante de la Cosa. En todo caso, es en torno al objeto que gira la pulsión.

Ahora, si cualquier objeto hace semblante de la Cosa entonces es candidato a la pulsión. La pulsión fijada a un objeto es funcional siempre y cuando ese objeto aparezca como inaccesible, lo cual da razón al deseo que aparece aquí como dique

a la pulsión. O sea, el ser hablante desea para defenderse de la pulsión ligada a un objeto que debe faltar, es semblante. La satisfacción pulsional se obtiene al hacer este recorrido. El deseo dignifica al sujeto y de paso al objeto, lo hace ser algo más que un simple aparato pulsional, algo más que puro goce. El deseo hace que el sujeto sea algo más que simplemente "arrastrarse en el fango" como diría Marcelo Barros. Eso es el goce. El goce, la pulsión pasan en el cuerpo, el deseo pasa en otra parte. En otra escena. Otra escena que es precisamente el resultado de eso que pasa en el cuerpo, que le sirve de opuesto.

Así planteadas las cosas, ¿Cómo impacta la modernidad en esta dinámica?

Si hemos medianamente señalado el lugar del objeto podemos afirmar un par de cosas. En una época en la que los objetos proliferan como semblantes, el resultado solo puede ser una oferta enloquecedora para los sujetos. Esta locura se evidencia tanto a nivel del deseo como a nivel de la pulsión. En el nivel del deseo en todo caso algo siempre falta. Introducir objetos en el campo del sujeto, en lugar de acallar el deseo solo pone en evidencia que cada vez hay más objetos faltantes empujando así al deseo a una potencia ilimitada. *Ultradeseantes*. A nivel de la pulsión el asunto es más complejo y quizás más grave. Pues los semblantes de objeto en exceso dicen que puede haber el goce en cualquier lugar. Que la pretendida satisfacción puede venir prácticamente de cualquier parte o puede ser en cualquier parte, lo cual no es diferente a revolcarse en ese "todo" que es el fango. La pulsión ha enloquecido. El objeto ya no sirve como freno a la pulsión porque en cada momento se revela como semblante. Cada vez que el objeto se muestra como desechable, cambiante, revela su estatuto de semblante, lo cual enloquece a la pulsión pues ya no le sirve de ancla. El objeto fijado estabiliza la pulsión, constituye un circuito de pérdida y recuperación de goce que hace que esta *economía libidinal* se mantenga, digamos, estable. A este circuito estable lo llamamos síntoma, y es quizás el mayor logro de la neurosis. Estabilizar a la pulsión, localizarla y permitir una satisfacción al interior de ciertos canales. Este es el principio de lo que Freud llamó *satisfacción sexual sustitutiva*.

Cuando el objeto no soporta, cuando se revela como semblante y el velo de la fantasía no es capaz de recubrirlo, la consecuencia lógica es la deslocalización del circuito pulsional. Lo vemos cada día. El empuje al consumismo, la persecución de objetos señuelo no es más que el efecto de las políticas de aquello que conocemos como sociedad de consumo. El mercado ha detectado que puede poner en marcha y manejar hasta cierto punto "eso que empuja al sujeto". Vía una supuesta suscitación del deseo a través de la publicidad, lo que se ha conseguido es liberar el último dique a la pulsión, el deseo mismo. Adquirir, consumir, aparecen como el más grande imperativo categórico, ¡goza! grita el mercado que cobra la forma de un nuevo súper yo. El nuevo tirano, el nuevo amo. ¡Consume!

Ese *gadget* que mencionábamos antes aparece como el artilugio que posibilita hacer esa suerte de pase de manos sobre el objeto. Si uno puede llevarse la voz a todas partes, los gorditos de Wall-e llevaban la mirada consigo en sus pantallas y el *Penfield*, bueno, es todo lo que el cuerpo puede decir. La tecno-ciencia le dice a los sujetos que a través de los *gadgets* se sentirán más acompañados. El efecto a nivel subjetivo es precisamente el contrario. Una cierta angustia empieza a colarse, a aparecer de no se sabe dónde, no se sabe señal de qué es. Quizás a esas cosas a las cuales uno se conecta, esos "cuerpos extraños". Porque en realidad es el sujeto el que se conecta al gadget y no al revés. Adiós al síntoma.

El entretenimiento es el resultado de esa conexión. Entretenerse es poner en evidencia el autismo propio. Sustraerse al Otro. Conectarse a un semblante lábil, débil. Ponerse en riesgo. Suspender el acto. Nada mejor para la economía del mercado que sujetos entretenidos, siempre plantados en posición de consumidores. Pequeños gozadores.

Siguiendo una lógica que se extrae de lo anterior, el psicoanálisis desde sus inicios se ha planteado como una práctica en el costado de la lógica del consumo. Fuera de ese margen. Un psicoanalista sabe que no ofrece un servicio, que no vende ni alquila. Lleva a cabo una praxis, una experiencia. Le propone a un sujeto conectarse a otra cosa, a una cosa sin garantías, el inconsciente.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Dick, P. (2008) Blade Runner. ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas? Edhasa. Barcelona
- (2) Freud, S. (2003) Lo inconsciente. Obras Completas. Biblioteca Nueva. España.
- (3) Lacan, J. (1998) Seminario 4. La relación de objeto. Paidós. Buenos Aires.
- (4) Lacan, J. (2006) Seminario 10. La angustia. Paidós. Buenos Aires.
- (5) Lacan, J. (1992) Seminario 14. La lógica del fantasma. Versión no oficial. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- (6) Lacan, J. (2003) Seminario 17. El reverso del psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires.
- (7) Lacan, J. (2002) Seminario 23. El sinthome. Paidós. Buenos Aires.